

á la leona, se traslucía su furor, y que buscaba ó llamaba desesperadamente á su familia.

La fiera se fué aproximando hasta llegar á unos cincuenta pasos. Pero lo que me pasmó por desusado fué que la leona, rugiendo, salvó la distancia que le separaba de su presa.

La noche era oscurísima; así es que apenas podía ver á la alimaña. Al llegar junto al cebo, la fiera enmudeció y comenzó el festín, destrozando la mula.

El sitio en que me hallaba emboscado era más bajo que el terreno en que se hallaba la leona, y su silueta se destacaba en el sombrío horizonte. Así es que pude apuntar á mi sabor y escoger el blanco; disparé, y la fiera cayó como herida por el rayo; levantóse en seguida, dió algunos brincos y se detuvo unos instantes para respirar fatigosamente.

Descargado el fusil, sólo me quedaban las dos pistolas.

La leona se hallaba muy próxima y el peligro arreciaba, pues sólo me separaba de ella una débil barrera de verdura. Me disponía á hacer fuego con las pistolas, cuando la fiera, al poner sus patas sobre unos brotes de tamarindos, dejó oír los estertores de la agonía, y cayó á mis pies inerte.

No sabía con firmeza si la leona estaba muerta; y, como oía los terribles y amenazadores rugidos lanzados por las otras tres fieras á trescientos pasos de mi emboscada, me puse en guardia. El espectáculo era grandioso é imponente, pero supongo que no lo saborearían con gusto la mayor parte de los mortales.

Volví á cargar presuroso las armas para afrontar nuevos peligros, pues á poca distancia se oían las voces de los cachorros.»

Chassaing, con la sencillez característica del hombre que maneja con más facilidad y maestría el fusil que la pluma, refiere el final de esta cacería tan llena de peripecias. Cuando amaneció, el cazador halló los cadáveres de dos leones, y sólo algunos rastros de los otros dos que habían desaparecido. Cuatro días después unos árabes hallaron á otro de los leones; y Chassaing vió en el fondo de un barranco, rodeado de una nube de cuervos, el cadáver de la última alimaña en estado de putrefacción.

En otra ocasión, Chassaing salió á cazar el león en compañía del conde Ch. de P. Ros.

Algo contrarió al excelente Chassaing el ir acompañado, pues prefería la soledad.

Era en los comienzos de la primavera, cuando la naturaleza, aun la más abrupta y salvaje, se engalana y viste, y la luz ofrece variados toques y matices.

La escena venatoria pasaba también en el Aurés. Chassaing siguió las huellas recientes de un león hasta los linderos de un bosque, en dirección á la meseta de Borzoli.

Las trazas eran más marcadas en el polvoriento camino que una aquella meseta con Sidi-Manzan.

«Juzgué,—dice Chassaing,—este sitio dispuesto á maravilla para una emboscada.

Colocado el cebo (un caballo fuera de servicio), nos acomodamos en nuestro *aguado*.

El conde llevaba una soberbia carabina de precisión y un buen fusil de dos tiros, en los que tenía ciega confianza; y me suplicó que si el león aparecía le dejase disparar primero, para tener el honor de poder decir á su regreso á Francia que había tirado y quizá muerto al *rey de los animales*.

Accedí al deseo de mi compañero,—añade Chassaing;—pero con la condición de que no haría fuego sin dar la señal.

La noche se había vuelto sombría, y densos nubarrones ocultaban los rayos de la Luna.

Serían las nueve cuando sonó un ruido extraño, producido por la caída del caballo. No había duda; el león estrangulaba al pobre animal; pero, antes de que hubiese podido divisar al león, éste desapareció.

Permanecimos quedos, inmóviles, persuadidos que la fiera no tardaría en venir. Breves instantes después se hallaba otra vez junto á la víctima, chupando ávidamente la sangre.

El momento era propicio y favorable; di la señal, recomendando á mi compañero que apuntase con frialdad. Pero como el conde tenía larga práctica venatoria, dirigió pausadamente el arma en dirección á la fiera, é hizo fuego á despecho de las espesísimas tinieblas que nos rodeaban.

Resonaron terribles aullidos, y el león se alejó hacia la espesura, dando grandes saltos.

No había duda: por la manera de rugir, era una leona y estaba gravemente herida.

Chassaing comunicó tan grata nueva al conde, que modestamente creía que había tocado sólo al caballo.

Cuando amaneció, ambos cazadores hallaron al animal que había servido de cebo, muerto, degollado por la leona, pero sin mostrar la más ligera señal de herida de arma de fuego.

En cambio hallaron salpicado el suelo con gotas de sangre.

Todas sus pesquisas fueron inútiles, pues la fiera, mortalmente herida, había desaparecido entre el follaje de la selva, y había ido á espirar á gran distancia.

El conde Ch. de P. Ros, alborozado de su proeza, regresó á Batna.

Cuando llega la época de los grandes calores, las montañas del territorio argelino se cubren y tapizan de abundantes yerbas de pasto. Entonces los árabes abandonan los aduares, dirigen sus rebaños hacia las altas mesetas y estribaciones de los montes; y el león halla, sin grande esfuerzo, víctimas con que satisfacer su voracidad.

Chassaing buscaba afanoso, pero en balde, la fiera por los terrenos bajos; cuando el 31 de Diciembre de

«Llegado á cien pasos del cadáver de la víctima de la fiera, vi, al través de las ramas de los arbustos, á un león y un cachorro, entregados á los placeres que les proporcionaba un abundante festín.

Á su alrededor rodaban pacientemente y en actitud humilde cinco ó seis chacales, esperando los restos y migajas del banquete.

Avancé con gran precaución, y procurando no ser visto ni oído; pero algunos crujidos del ramaje, que no pude evitar, revelaron mi presencia, y leones y chacales pusieron



León que vagaba por Borzoli

1859, el árabe Ahmed de Markounah, cerca de Lambesse, vino á noticiarle que los leones habían hecho una nueva irrupción en su tribu, estrangulando la noche anterior un caballo.

Lleno de alegría el valeroso cazador de leones, dirigióse presuroso hacia Borzoli; y se hizo, sin pérdida de tiempo, acompañar junto al caballo muerto por el león.

Oigamos al mismo Chassaing: (1)

los pies en polvorosa. Despedí al árabe que me acompañaba; y, oculto tras un espesísimo matorral, aguardé la vuelta de la fiera.

Á las siete, los chacales comenzaron sus fúnebres y agudos aullidos, pero sin osar avanzar. Este fué el único y poco agradable ruido que oí durante la primera parte de la noche.

Serían las doce, cuando sonaron los pasos de la leona, que avanzaba seguida de sus cachorros, y el ruido producido por la fuga precipitada de los chacales. La Luna acababa de desaparecer del horizonte; y la dudosa y débil claridad de las estrellas apenas me permitía distinguir los objetos.

La leona se paró al llegar á algunos metros del ca-

(1) Succès qui pouvait me coûter la vie.—Mes chasses au lion.

ballo; pareció como que escudriñaba con su mirada á su alrededor; y, sin duda, tranquilizada, avanzó algunos pasos más.

La fiera se lanzó sobre el yerto caballo; y tendida sobre su cuerpo aparecía á mis ojos como una masa confusa y borrosa.

No era prudente, sin embargo, aguardar más, é hice fuego; pero, como en el punto en que apreté el gatillo la leona se había levantado de repente, no sabía á punto fijo dónde había hecho blanco, habiendo dirigido la puntería en dirección á la falsa espaldilla.

Al sentirse herida la leona, dirigióse hacia mí dando violentos saltos; pero, no habiéndome visto, tomó el partido de encaminarse hacia el bosque, seguida de su cachorro.

Paróse á unos cien pasos, lanzando adoloridos y fuertes gemidos; pero restablecióse el silencio, y sólo oí de nuevo sus rugidos al cabo de dos horas, pero más léjos, hasta que se extinguieron del todo y en dirección á la vertiente norte de la montaña.

El día 1.º del año 1860,—sigue Chassaing,—partí en busca de la leona, siguiendo las huellas dejadas por los rastros de sangre. Llegué así á la espesura que puebla la vertiente oeste de la montaña de Borzoli; el terreno era húmedo; y, de trecho en trecho, trazas más pronunciadas en el suelo señalaban los frecuentes pasos de la fiera en su retirada.

Examiné cuidadosamente estas huellas y me persuadí que la leona tenía herida la pata izquierda delante; observación por cierto provechosa, porque era evidente que, bien que rota la tibia, la fiera tenía sobradas fuerzas y alientos para caminar, y hacer, á su paso, grandes destrozos.

Al llegar al camino que une la montaña del este á oeste, se unieron los árabes que se empeñaron en escoltarme. Era donoso, por cierto, oír las vociferaciones é insultos contra la alimaña, que les había causado inmensos perjuicios en su hacienda.

El bosque era allí tan espeso, se entrelazaban de tal suerte las ramas, dificultando el paso, que entregué mi segundo fusil á uno de los árabes, ordenándole que no se apartase de mí, para que tuviese á manos siempre la otra arma.

Llegamos así cerca de la cresta de la montaña. De repente, partió de debajo un tupido grupo de matorrales y arbustos un terrible rugido, y salió la leona dando saltos en dirección opuesta á la nuestra. Yo me había detenido ya dispuesto á hacer fuego, creyendo que la leona iba á salir de la espesura, lanzándose sobre nosotros, pero se hallaba ya lejos cuando la vi.

Los árabes, llenos de pavor al oír las voces furiosas de la leona, huyeron precipitadamente, dejándome solo. Semejante cobardía me indignó, sobre todo contra el que era portador de mi segundo fusil, que me privaba de continuar el ojeo de la fiera.

Retrocedí para recobrar el fusil y pistolas, y despedí á los árabes.

Á la una de la tarde vi, al fin, á la leona, pero un poco léjos y tendida en el suelo. Anheloso de acabar aquella empresa venatoria, disparé, y la fiera saltó furiosamente de nuevo, lanzando estruendosos rugidos de rabia, y buscando á sus enemigos.

No pude hacer en seguida el segundo disparo, porque la leona se hallaba oculta tras un matorral. Cinco minutos después había emprendido la fuga, con toda la ligereza que le permitieron sus heridas.

Presuroso volví á cargar el fusil y me lancé tras de la feroz alimaña. Las huellas de sangre eran cada vez mayores y frecuentes, y á cada cien pasos oía el ruido producido por los tumbos y caídas de la fiera; indicios evidentes de que sufría horriblemente y se hallaba gravemente herida.

Desde aquel instante pude ya seguir las trazas de la leona con sólo el oído. De trecho en trecho describí grandes círculos para envolver y cortar la retirada á la fiera; pero el terreno era tan abrupto y accidentado, que llegaba siempre tarde.

Todas estas maniobras, tan larga y penosa carrera, y devorado, además, por el hambre (desde las doce de la víspera no había comido), me habían dejado rendido y exhausto de fuerzas.

Abandoné, pues, la persecución de la fiera, y regresé á Batna para reponerme durante tres días, y volver á comenzar sin tregua ni descanso la batida de la leona. Me lisonjeaba, además, la esperanza de que mientras yo repondría mis fuerzas la fiera perdería las suyas, desangrándose en el seno de la selva.

Al cuarto día volví á Borzoli, al sitio donde esperaba hallar la leona; pero ésta había desaparecido entre los espesos arbustos y frondosos árboles que poblaban la selva.

Al enderezar hacia allí mis pasos, observé, de nuevo, que por do quier donde la leona había hecho alto, y se había tendido en el suelo, se notaban señales de que había perdido mucha sangre.

Caminaba pausadamente, el dedo puesto en el gatillo, temiendo que inesperadamente rompería la cortina de verdura y follaje para lanzarse sobre mí.

Por desdicha mía, tenía que hacer ruido al abrirme paso al través del ramaje; y era probable que si no

me atacaba de sorpresa huyera la leona al ver turbado su reposo.

De repente, y merced á una maravillosa casualidad, descubrí el sitio que había servido de guarida á la fiera durante tres noches. Grande fué, pues, mi estupefacción al ver á la leona, que escapó rápidamente por la pendiente de un barranco, y en dirección al corazón de la selva.

Hice alto, y me puse á examinar cuidadosamente el sitio. Sembraban el suelo yerbas y hojas, mullido lecho fabricado por la leona para su reposo y descanso. Tierra, guijarros y hojas, estaban manchados de sangre, y llevaban impresas las huellas de que la fiera se había revolcado convulsivamente, presa de violentos dolores.

La rapidez de la fuga me atestiguó que, á despecho de sus dos heridas, la leona conservaba aún gran vigor; pues sus saltos, al descender la rápida pendiente del barranco, medían de siete á ocho metros.

Doscientos metros más adelante hallé de nuevo á la fiera, que huyó al oír el rumor de mis pasos; pero esta vez me vió al volver la cabeza, y detúvose un poco más lejos. Al notar la leona que yo avanzaba, pareció decidida á aceptar la lucha.

Sólo me separaban unos ciento cincuenta pasos del felino. De pie, y alta la cabeza, la leona movía violentamente la cola, gruñendo de una manera sorda y amenazadora, como mostrando que se hallaba dispuesta á vender cara la vida.

Harto comprendí que mi retirada en semejantes momentos hubiera sido una grande imprudencia; pues á los pocos pasos el animal se hubiera lanzado sobre mí, forzándome á una lucha cuerpo á cuerpo, cuyo éxito podía no serme propicio, y, aunque lo fuera, era seguro que pagaría cara la victoria. Tras estas reflexiones, que cruzaron rápidas por mi mente, resolví avanzar resueltamente hacia la fiera, llamando en mi auxilio toda la sangre fría y valor que, á Dios gracias, en semejantes trances jamás me han faltado.

La leona seguía furiosa y preparándose para lanzarse sobre mí. Había yo notado, á unos cinco ó seis pasos á mi derecha, una fuerte encina, y resolví tomarla como improvisada fortaleza y muralla para evitar el primer choque, que tenía que ser terrible. Dirigíme hacia el árbol, dando rodeos y mirando siempre á la fiera, y dispuesto á disparar.

El ruido de mis pasos, tronchando el ramaje, pareció irritar aún más á la alimaña. Pude llegar hasta la encina; y, al desaparecer de la vista de la fiera, pareció ésta calmarse como por ensalmo.

No era mi propósito pasar largo tiempo en tan humillante posición, y comencé á gritar desaforadamente para llamar la atención del feroz animal; pero permaneció éste en su sitio, contestando á mis voces con terribles y amenazadores rugidos.

Yo no podía abandonar mi puesto sin cometer una grande imprudencia é insigne locura; pues mi muerte era casi inevitable si erraba el tiro y descubría el cuerpo.

Sentía bullir la sangre; y la cólera, la impaciencia y agitación, crecían en mi ánimo; quise, pues, salir de semejante situación, y disparé al azar para que la fiera abandonase su quietismo y se pusiera á mi vista.

El efecto fué inmediato: apenas se oyó el ruido de la detonación, la leona se lanzó en mi dirección, dando terribles saltos y rugiendo con todas sus fuerzas.

La agresión fué tan violenta, que la leona salvó la distancia que nos separaba y se puso á unos diez pasos de mí antes de que yo tuviese tiempo de coger el segundo fusil.

El peligro era inminente.

Rápido como el rayo, apunté é hice fuego. El animal esquivó el golpe merced á un salto de lado. Inmediatamente disparé el segundo tiro...

Era el último.

Ya era tiempo, porque la leona se lanzaba con gran ímpetu sobre mí y me hubiera aplastado con el solo peso de su cuerpo, pero la bala, certeramente dirigida, paró el empuje de la fiera, que exánime cayó casi á mis pies.

Salté rápidamente hacia atrás; y, soltando el ya inútil fusil, empuñé las pistolas para romperle la cabeza.

Pero fué innecesario, porque la fiera había caído como herida por el rayo, y salían de su gola grandes borbotones de sangre, percibiéndose sólo algunos ligeros estertores, que cesaron al cabo de algunos minutos. La fiera había muerto.

Al examinar la herida, vi que, á pesar de apuntar á la cabeza de la leona, mi bala había penetrado entre los omoplatos, rompiéndole la espina dorsal. Esto se explica por el movimiento que hizo la fiera al lanzarse con violencia sobre mí, bajando la parte anterior de su cuerpo y descubriendo la posterior. Gran fortuna fué para mí este movimiento, pues la lucha hacía augurar un triste desenlace para mí.

Fuí en busca de los árabes, que cargaron el animal sobre un mulo, y regresé á Bona, después de haber sido abrumado de elogios por los indígenas.

Entre tantas narraciones, merece también señalado sitio alguna de Gérard, el célebre cazador de leones.